



[1]

del tercer piso porque la tía soltera de la esposa de don Aniceto — que como teníamos

sin duda que recordar { y si no recordábamos para qué, preguntaba don Aurelio, queríamos los apuntes y que pues entonces los consultásemos o, el que quisiera subir nota (como los había tan ansiosos que no se conformaban con el aprobado), el tomo de la Enciclopedia Universal correspondiente donde, concretamente en la sección de Historia, venían las semblanzas y hazañas de los personajes más insignes de la Nuestra con mayúscula aunque sin despreñar (que sus méritos tendrían) las de los romanos y los fenicios y los godos que, y don Aurelio lo lamentaba pero así eran las cosas, eran, sí, pero de los vecinos con los que por cuestiones territoriales no nos tratábamos } era aquel señor tan bondadoso que como todos los caballeros metidos en años y algo gruesos lisonjeaba a todas las feas con las que se cruzaba —, que había venido para que la vieran los médicos no se quería marchar, tan cabezona como era además de muy caprichosa, a su pueblo sin que quedara constancia y huella de su paso pero bajar las escaleras no podía porque padecía de vértigos o, si lográbamos dar esquinazo a esta buena señora tan cargante, al trasterillo del semisótano que era donde debía (a juicio de una “mamá” que no menos testaruda era sin embargo muy querida sobre todo cuando le tocaba a Rosarito) estar el baúl medio desvencijado y mohoso del que con tanta pasión (contenida, porque detestaba los excesos y *si te descuidas*, decía, *te pasas al histrionismo y destrozas la escena*) abominaba.